

JUBILEO DE LOS ENFERMOS

Santuario de San Lázaro, El Rincón, 11 de febrero del 2000

Queridos hermanos y hermanas:

La festividad de la Virgen de Lourdes nos congrega hoy de manera especial. Este día ha quedado señalado ya por el Papa Juan Pablo II como «*Día del enfermo*», que se celebra cada año el 11 de febrero. Pero en este año Santo Jubilar, la fecha cobra un significado más amplio, pues tiene lugar en Roma y en todas la diócesis del mundo el Jubileo del Enfermo.

Hemos escogido este Santuario dedicado a San Lázaro como centro de la celebración del Jubileo del enfermo porque es uno de los cuatro templos designados en nuestra diócesis como lugares especiales de reconciliación, y de encuentro con Jesucristo durante este tiempo de gracia en que estamos celebrando los 2.000 años del nacimiento de nuestro Redentor.

A este Santuario peregrinan cientos de miles de cubanos que cargan con sus sufrimientos y sus enfermedades y vienen a rezar aquí. Le piden a San Lázaro salud o la superación de alguna situación dolorosa familiar o personal. Las más de las veces vienen a cumplir algún ofrecimiento que hicieron en la hora de una gran dificultad o para dar gracias y traer sus dones por los beneficios recibidos. Dice el Santo Evangelio que Lázaro era amigo de Jesús y cuantos lo invocan saben que él pedirá que Jesucristo los cure, los sane, los salve. Los santos y la Santísima Virgen María que hoy veneramos especialmente con su título de Nuestra Señora de Lourdes, acogen nuestras oraciones y las presentan junto con nosotros a Jesucristo, que es el único que puede aliviar los males del alma y del cuerpo. Él solamente puede salvarnos del mal, del pecado y de la muerte. Él es el único que obra los milagros. Cuando decimos «fue un milagro de la Virgen», eso quiere decir que fue la Virgen quien intercedió por nosotros presentándole nuestras súplicas a Cristo Nuestro Salvador.

En esta fiesta de la Virgen, en este Santuario de San Lázaro, pedimos a María Santísima y a San Lázaro, amigo de Jesús, que esta celebración eucarística nos transforme, que sea un momento privilegiado de nuestra vida en que se haga más clara nuestra mirada para contemplar con ojos cristianos el gran misterio del sufrimiento y de la enfermedad.

Enfermedad y sufrimiento se acompañan casi siempre. El sufrimiento no consiste solo en los dolores o limitaciones físicas que crea la enfermedad, en dependencia de su duración y características propias. Hay el sufrimiento que viene del trabajo y la preocupación que damos a quienes nos rodean; o de la soledad y el desvalimiento que experimentamos cuando hay falta de amor alrededor de nosotros. El apóstol San Juan nos dice hoy en su primera carta que «*nosotros debemos dar la vida por los hermanos*». Pero esto no ocurre siempre y sentimos doblemente la ausencia o la desatención de personas que nos son más queridas cuando pasamos por la prueba de la enfermedad, porque necesitamos su ayuda y porque nos vemos defraudados por quienes queremos.

Otro sufrimiento que acompaña a la enfermedad es no tener los medios indispensables para su tratamiento o alivio; ni la alimentación necesaria, ni los medicamentos más adecuados, ni otros medios como sillas de ruedas adecuadas o camas apropiadas o algún otro tipo de ayuda para la locomoción o para un *mínimum*

de comodidad. No hemos llegado a una plena justicia social que pueda satisfacer los requerimientos indispensables de todos, especialmente de los más desfavorecidos: ancianos, enfermos habituales, discapacitados y otros. Hablo de justicia y no de caridad, porque la comunidad humana debe atender a sus enfermos e incapacitados por obligación de justicia social.

Pero también por amor de solidaridad, cada uno de nosotros está obligado a hacer por el otro lo que esté a su alcance. Nos dice el mismo San Juan en su primera carta: *Si alguien que tiene bienes de este mundo ve a su hermano en necesidad y no se apiada de él, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios?*

Nos atañe, pues, a todos la celebración del Jubileo del Enfermo, no solo porque los que están sanos hoy pueden estar enfermos mañana, sino porque todos los que están sanos deben, por justicia y por caridad, tender la mano a sus hermanos enfermos.

Queridos enfermos y enfermas: en el mundo de hoy, por los avances de la técnica que pone ante nuestra imaginación un mundo bello y feliz, por el afán de disfrutar los placeres, y a causa de un individualismo y un infantilismo que rehúyen el sacrificio, se ha creado una mentalidad falsa acerca de la vida, que tiene poco que ver con nuestra vida real. Las novelas mantienen a hombres y mujeres delante del televisor siguiendo entusiasmados vidas irreales; pero, si una novela presenta la vida tal y como ella es, nadie la mira, pues dice: para ver miseria ya las tenemos todos los días.

Es decir, rechazamos nuestra vida real. De ahí que consideremos la enfermedad y el sufrimiento, como cosas accidentales que se nos atraviesan en el camino de la vida. Y sin embargo, la enfermedad y el sufrir acompañan al ser humano siempre. Son realidades que tenemos que integrar en nuestra vida. Esto deben aprender a hacerlo los sanos y los jóvenes, porque, si no, no lograrán ser felices nunca.

Una vida donde un joven ha rehuído prestar su ayuda en la enfermedad de sus mayores, y ha esquivado los sufrimientos de familiares, amigos o conocidos, será una pésima preparación para el matrimonio; pues el amor tendrá que probarse día a día, compartiendo las cargas, preocupaciones o sufrimientos del otro. Tener un hijo es, junto con el gozo de la paternidad o de la maternidad, comenzar a sufrir. Si el hombre y la mujer se han entrenado en la despreocupación, en la sola búsqueda del placer, si no han integrado el dolor y el sacrificio, no puede durar el amor, pues amar es siempre sufrir algo por causa del ser amado y, como pocos están dispuestos a sufrir, son muchos los que se separan y el matrimonio no dura.

No solo ustedes, personas enfermas, deben integrar como algo común en su vida la enfermedad y el sufrimiento, sino también las personas que los rodean y los ayudan y todo hombre o mujer desde su edad juvenil.

La despreocupación de la juventud, prepara la infelicidad de la edad adulta.

La enfermedad y los sufrimientos nos acompañan tanto como los buenos momentos.

Jesucristo, con su palabra y con su gracia, hace posible que nosotros integremos la enfermedad y el sufrimiento como parte de nuestras vidas, sin que nos sintamos desgraciados.

En el Santo Evangelio leemos que Jesús «*salió a predicar y pasaba sanando toda enfermedad o dolencia*».

El evangelista distingue entre enfermedad y dolencia. La dolencia puede ser ese estado de ánimo triste o desesperado que se hace también presente en nuestras vidas, aunque estemos o no estemos enfermos: es como una enfermedad del alma.

Jesús vino a sanar a los hombres también de esa enfermedad, de la rebeldía, del apocamiento, del miedo a sufrir y morir. De todas esas dolencias Él nos sana, y nos deja el testimonio extraordinario de haber cargado sobre sus hombros nuestras miserias. Dice la carta a los Hebreos que Cristo «aprendió sufriendo a obedecer». ¡Qué impresionante que el Hijo Eterno de Dios se haya hecho hombre y haya utilizado el más difícil de todos los caminos del hombre, para mostrar su total obediencia al Padre: el camino del sufrimiento!

Cuando se acercaba el momento supremo de la Cruz y Jesús, después de celebrar la primera Eucaristía con sus discípulos se puso en oración en el Huerto de los Olivos, se sintió «triste hasta la muerte». Él no buscó el sufrimiento por sí mismo y por eso oraba con lágrimas diciendo: «*Padre, para ti todo es posible, aparta de mí este cáliz. Pero hágase tu voluntad y no la mía*» (Mc 14, 36).

Este es el modelo perfecto de oración de todo enfermo y de toda persona sometida a la prueba del dolor moral o espiritual.

Si cada uno de ustedes en sus horas difíciles, que son muchas, hacen esa misma oración de Jesús en el huerto, van a alcanzar la paz en sus corazones, porque si seguimos leyendo el Santo Evangelio dice que, inmediatamente después de esa súplica, vino un ángel del cielo que consoló a Jesús. Y el Señor pudo caminar sereno y digno de Herodes a Pilato y enfrentar su Cruz perdonando y amando hasta el final.

El consuelo de Dios nos llega a cada uno de nosotros si aprendemos a obedecer al mismo Dios por medio del sufrimiento y del dolor.

Lo contrario de esta actitud de Cristo, que debe ser la nuestra, es la desesperación, la rebeldía, entonces no llega nunca el ángel de Dios a nosotros para consolarnos. Por eso hemos proclamado hoy en la Lectura del Santo Evangelio las bienaventuranzas, donde Jesús proclama dichosos a los pobres, que saben vivir con poco; a los afligidos porque conocen el consuelo que solo Dios puede dar; a los mansos, aquellos que no son soberbios, pues a ellos siempre alguien en nombre de Dios les tenderá la mano, dichosos los que tienen como un hambre y una sed de hacer lo que Dios quiere, porque Dios los complacerá. Dichosos los misericordiosos, porque, con la medida que uno mida, lo van a medir y Dios será misericordioso con ellos. Dichosos los limpios de corazón, los que todo lo ven positivamente, los que no tienen doble cara ni sentimientos perversos, porque es como si estuvieran viendo al mismo Dios.

Dichosos los que siembran paz en los corazones de todos, porque así son los hijos de Dios; dichosos si a ustedes los critican porque rezan, porque creen, porque para todo mencionan a Dios. No se preocupen, de ustedes es el Reino de los cielos.

Esta es la verdadera felicidad, queridos hermanos y hermanas; la que Cristo proclamó y prometió. Nuestras enfermedades y dolencias no impiden esta felicidad. Misteriosamente, muchas veces la favorecen, porque como Cristo Jesús también

nosotros sufriendo aprendemos a obedecer a Dios y si lo obedecemos seremos humildes, mansos, misericordiosos, limpios de corazón y sembradores de paz. Y, si somos así, seremos felices, felices con dolores y sufrimientos, con limitaciones y carencias, pero transformados en nuestro espíritu con la gracia de Jesucristo, vamos gustando desde ahora con Cristo la alegría de la resurrección.

Esa gracia viene a nosotros abundantemente cada vez que en la Santa Comunión recibimos a Jesucristo. Ese es un momento privilegiado para decir con él al Padre: Hágase tu voluntad y no la mía y para llenarnos de alegría oyéndole decir a Jesús en lo hondo de nuestra alma: Dichoso tú por tener el Reino de los cielos en tu corazón.

También hoy, quienes han confesado sus pecados y recibirán a Jesucristo en la Santa Eucaristía tendrán la gracia de la indulgencia plenaria. Muchas veces no hemos aprendido a obedecer por el sufrimiento, a veces nos hemos rebelado, otras veces hemos sido duros y descuidados haciendo sufrir a otros. ¡Cuánta pena mereceríamos por nuestros pecados! Pero Dios, rico en misericordia, que ha perdonado nuestros pecados, en este año Jubilar, por su infinito amor, nos perdona también la pena que merecen nuestros pecados cuando peregrinamos como hoy a un templo jubilar como este Santuario, y hacemos oración llenos de buenos propósitos y confesamos nuestros pecados y recibimos el cuerpo de Cristo en la Santa Comunión.

Demos gracias a Dios, que nos colma con sus dones. A la Virgen de Lourdes, que mira con especial amor a los enfermos, y a San Lázaro, amigo de Jesús, pido que ustedes, queridos hermanos y hermanas, que padecen en su cuerpo o en su espíritu, permanezcan siempre alegres y en paz, ofreciendo sus penas y enfermedades en obediencia amorosa al Señor. Modelo de entrega en el sufrimiento y en el dolor es para nosotros el Papa Juan Pablo II. Él visitó hace dos años este Santuario y habló desde aquí a los enfermos. Él ha mostrado coraje y paz en su enfermedad. Hoy rezaremos especialmente por él en este Jubileo, pidiendo a Dios que lo proteja para que guíe nuestra Iglesia y siga sembrando amor y paz en el mundo.

Que su ejemplo extraordinario los anime a ustedes a ofrecer con Cristo al Padre, con serenidad y alegría de corazón, todas sus penas y sufrimientos. Que así sea.